

Pero en el momento de empezar esta frase resonaron golpes violentos dados en la puerta de una de las tribunas públicas. Habiendo cedido la puerta á culatazos, varios hombres de blusa, mezclados con guardias nacionales, entraron gritando: «¡Abajo la Cámara! ¡No más diputados!» A aquella oleada siguieron otras. Eran los amotinados que venían de las Tullerías y que, impulsados como por una consigna, se habían presentado en la Cámara para precipitar el desenlace. El tumulto se hizo cada vez más intenso. Uno de los invasores apuntó su fusil hacia la mesa. Los gritos de «¡no tiréis!, ¡no tiréis!, ¡es Lamartine que habla!» resonaron con fuerza. A instancias de sus compañeros, el hombre levantó al fin su arma. El presidente reclamaba en vano el silencio. No pudiendo dominar el ruido, en la imposibilidad de hacer cesar aquella escena vergonzosa, levantó la sesión. Los diputados que aún había en el salón escaparon por todas las puertas. La duquesa de Orleans, sus hijos y el duque de Nemours fueron conducidos fuera del recinto.

Desde aquel momento, los insurrectos fueron dueños del salón. Guardias nacionales, obreros armados de sables y fusiles, facciosos de todo rango y de toda profesión se mezclaban y confundían, de pie en las tribunas ó sentados en los bancos de los representantes. Lo que siguió fué una mezcla de sainete y de drama. Aquel puñado de invasores se transformó en poder constituyente. El gobierno provisional que los señores Marie, Crémieux y Lamartine habían pedido, iba á nombrarlo aquel grupo popular, como si al entrar en el palacio de la Asamblea hubiese adquirido un mandato. «¡Nombres un gobierno provisional!» gritaban de todas partes. Los diputados republicanos que quedaban en la sala, casi únicos representantes, se prestaron gustosos á la comedia que se representaba á beneficio de ellos. Hicieron ocupar el sillón presidencial á Dupont de l'Eure,

débil anciano cuya reputación de integridad había de cubrir aquella extraña proclamación. Formáronse listas: el trabajo preparatorio se había hecho ya en las oficinas del *Nacional*. Las listas fueron entregadas á Lamartine, quien, sabiendo que el pueblo necesita que lo guíen, rompió unas y enmendó otras; suprimió, sobre todo, con rara presteza, el nombre de Luis Blanc, que había de encontrar empero en otra parte. Después de dos proclamaciones sucesivas, los nombres de Lamartine, Arago, Ledru-Rollin, Dupont de l'Eure y Marie fueron aceptados. Pero no lo fueron sin tumulto. Unos reclamaban la destitución de todos los diputados ausentes; otros pedían que los individuos nombrados gritasen *¡viva la república!* «¡Al Hotel de Ville, con Lamartine á la cabeza!» exclamó el actor Bocage. Dócil á la voz del actor Bocage, Lamartine, haciéndose seguir por Dupont de l'Eure y escoltado por algunos guardias nacionales, se dirigió hacia el Hotel de Ville. Ledru-Rollin quedóse en el salón. Asaltado por un escrúpulo tardío, subió de nuevo á la tribuna. Pretextando que ningún gobierno, aunque sólo fuese provisional, *podría ser nombrado á la ligera*, leyó por segunda vez la lista del nuevo gobierno, añadiendo con toda frescura los nombres de Garnier-Pagès y Crémieux. Estos nombres fueron aclamados como los demás. Hecho esto, salió y fué á reunirse con sus compañeros. Así fueron elevados al poder aquellos mismos hombres que una hora antes habían contestado, por escrúpulo de legalidad, la regencia de la duquesa de Orleans. Después de la marcha de los nuevos gobernantes, aún se presentaron desde la tribuna algunas mociones insensatas; el retrato de Luis Felipe, que se hallaba colocado detrás de la mesa, fué acribillado á balazos; sin embargo, se levantaron enérgicas protestas contra aquel acto de vandalismo. Poco á poco pasó la torrentada, y á las cinco el palacio Borbón volvía á estar desierto.

LIBRO TERCERO

EL GOBIERNO PROVISIONAL

- SUMARIO: I.—Del Palacio Borbón al Hotel de Ville: aclamaciones y murmullos; los miembros del gobierno, atravesando con dificultad la muchedumbre, logran penetrar en el palacio; sus primeras deliberaciones; constitución del ministerio, nombramiento de los grandes funcionarios; redacción de un manifiesto. Tumulto popular en el salón de San Juan, apaciguado por Lamartine. Llegada de Luis Blanc, Marrast y Flocón, elegidos, lo mismo que Albert, miembros del gobierno provisional, en un conciliábulo celebrado en la Redacción de *La Reforma*; discusión tormentosa; intervención de Garnier-Pagès; conciliación. Los nuevos miembros del gobierno: Dupont de l'Eure, Arago, Marie, Crémieux, Garnier-Pagès y Marrast representan la República *burguesa*; Ledru-Rollin y Flocón la República *jacobina*; Luis Blanc y Albert la República *social*: Lamartine sirve de lazo de unión entre todos.
- II (Extractado).—Impotencia del partido monárquico; el rey en Dreux; huida de la duquesa de Orleans. Desaliento y desorganización del ejército.—El gobierno provisional amenazado por sus propios cómplices; aspecto de París el 25 de febrero; barricadas; grupos tumultuosos; devastaciones en las cercanías de la capital; actitud ambigua del prefecto de policía.—El gobierno vacila entre la resistencia y las concesiones; creación de la guardia móvil; manifiesto al ejército; *el derecho al trabajo* reconocido.—Por la tarde las aglomeraciones populares se dirigen hacia el Hotel de Ville; aparece la bandera roja; valerosa elocuencia de Lamartine; los manifestantes se retiran; los amigos del orden se reaniman; decreto aboliendo la pena de muerte por delitos políticos.—A sabias y prudentes medidas siguen medidas funestas: creación de los *Talleres nacionales* (26 de febrero); influencia creciente de Luis Blanc; organización de la *Comisión de trabajadores* (28 de febrero).
- III.—El gobierno provisional, á pesar de sus faltas, no encuentra al principio ninguna oposición.—Adhesión de los jefes militares y de los funcionarios civiles; noble actitud del duque de Aumale y del príncipe de Joinville.—El partido religioso; sus declaraciones.—El partido legitimista.—Los amigos de la realeza de Julio.—En las masas, buena voluntad general.—En el exterior, paz casi asegurada; circular y manifiesto de Lamartine.—Extraño aspecto de la capital; clubs, periódicos, carteles, comisiones enviadas á la Casa de la Ciudad; manifestaciones de toda clase.—Generosas ilusiones de los primeros días.
- IV (Extractado).—Esta tregua de los partidos dura poco.—Los *republicanos de la víspera* más bien temen las elecciones que no las desean; se proponen aplazarlas, ó al menos ejercer presión en el cuerpo electoral; encuentran en Ledru-Rollin un órgano de sus deseos.—Circular de Ledru-Rollin á los comisarios (12 de marzo); efecto de esta circular en la opinión.—Fuerzas del partido radical. *Prefectura de policía*; papel de Caussidiere; no pudiéndolo destituir, el gobierno se decide á soportarlo; *Comisiones de trabajadores*; primeras decepciones de Luis Blanc; no pudiendo realizar su programa, atrae á la política la actividad de los obreros; *clubs*; Barbés, Blanqui, Vilain, Raspail, Cabot; el *Boletín de la República*; artículo en favor del aplazamiento de las elecciones.—La mayoría del gobierno provisional no cede á esta corriente; influencia de Lamartine: sus declaraciones.—Dos partidos en presencia uno de otro; indicios de una próxima manifestación.
- V (Extractado).—Decreto del ministerio del Interior licenciando á las compañías selectas de la guardia nacional; disgusto de estas compañías que organizan una demostración; gritos hostiles á Ledru-Rollin (16 de marzo).—Esta demostración sirve de pretexto para una manifestación contraria; noche del 16 al 17 de marzo; agitación en los clubs, en la prefectura de policía y entre los delegados del Luxemburgo; inquietudes de Lamartine y de sus colegas.—El 17 de marzo, inmensa aglomeración de gente en la plaza de la Concordia; el gentío se dirige hacia el Hotel de Ville; su llegada á la plaza; momento de ansiedad; delegados introducidos.—Lectura de una instancia pidiendo el alejamiento de las tropas y el aplazamiento de las elecciones; influencia moderadora de Cabot; irritación de los partidarios de Blanqui; alocuciones de Luis Blanc, Ledru-Rollin y Lamartine.—Los miembros del gobierno se presentan ante el pueblo; discurso de Luis Blanc; la manifestación se disuelve.—Satisfacción afectada de Lamartine y de sus amigos; nadie cree en sus testimonios de satisfacción; inquietudes de los hombres de orden.
- VI (Extractado).—*Estado general del país*; causas de dificultades de toda clase.—Hacienda.—Durante los últimos años del régimen de Julio, se miró al porvenir en previsión de una larga paz; terribles resultados de la revolución de Febrero; Goudchaux es nombrado ministro de Hacienda; su desaliento; Garnier-Pagès le sucede.—Fondos del Tesoro; todos los ingresos agotados; cargas enormes; el crédito particular sufre tanto como el del Estado; baja de los valores en Bolsa; cierre de fábricas; crisis comercial; pánico entre propietarios y rentistas.—El gobierno trata desde luego de ocultar el peligro; candidez ó impudencia de sus afirmaciones.—Afluyen los consejeros.—Medidas tomadas por el gobierno; creación de *Comptoirs d'escompte* y de *Almacenes generales*; decretos relativos á los depósitos de las cajas de ahorros y á los bonos del Tesoro; curso forzoso de los billetes del Banco de Francia.—Impuesto de los 45 céntimos.
- VII. *Estado general del país* (continuación).—A la penuria financiera se unen las inquietudes causadas por el estado de la capital.—Manifestaciones diarias; plantaciones de árboles de la libertad; amenazas contra los propietarios; irritación de los obreros; demostraciones contra ciertos periódicos (29 de marzo); carteles excitando á la insurrección; sedición en los Inválidos.
- VIII (Extractado). *Estado general del país* (continuación).—Los departamentos no se hallan menos agitados que la capital.—Ataques á las personas y á la propiedad.—Insuficiencia de los comisarios nombrados por Ledru-Rollin; verdadera anarquía administrativa.—*Imoges*: *Sociedad popular*; sus pretensiones; se teme que las elecciones sean la señal de sangrientos trastornos.—Ruán: irritación de los obreros; descontento de los patronos; los talleres nacionales proporcionan personal para las manifestaciones; faltan armas.—*Lyon*: emoción causada en esta ciudad por la revolución de Febrero; devastaciones, incendios, destrucción de máquinas.—Llegada de Manuel Arago; se persuade de que calma al pueblo con sus concesiones; extraños decretos.—Anarquía; pillaje de convoyes de armas; tentativas de soborno en la guarnición; el teniente Gigoux; el pueblo acude al penitenciario militar; el fuerte Lamothe; dominación de los *Voraces*.
- IX. *Estado general del país* (continuación).—Los refugiados extranjeros.—Comisiones enviadas al Hotel de Ville; belgas; húngaros; irlandeses; italianos; polacos; lenguaje pacífico de Lamartine.—Revolución en Milán; en Venecia; insurrecciones en Viena, en Berlín y en Munich.—Estos inesperados acontecimientos alientan las esperanzas de los refugiados.—Partidas de saboyanos pe-

netran en Chambéry; un cuerpo de demócratas alemanes pasa el Rhin; miserable fracaso de estas tentativas.—Los refugiados belgas se proponen invadir su país y cambiar su Constitución; sus conciliábulos; complicidad de Caussidière y de Ledru-Rollin. Salida de la expedición en dos columnas; desarme de la primera columna en Quievrain; la segunda columna acantonada en Seclin; extraña actitud de Delescluze; invasión del territorio belga; combate de *Risquons-Tout*.

X (Extractado).—La desorganización general favorece los designios del partido demagógico; habiendo fracasado la manifestación del 17 de marzo, se prepara otra; el partido del desorden; clubs; comisión del Luxemburgo; Caussidière y Sobrier.—El gobierno provisional se dispone á resistir; medidas tomadas por Lamartine, Armando Marrast y Marie; incertidumbre sobre las disposiciones de Ledru-Rollin.—Pretexto de la manifestación; el pueblo es convocado para el 16 de abril en el Campo de Marte, para ir desde allí al Hotel de Ville.—Consejo de gobierno; Luis Blanc anuncia la manifestación; *Boletín de la República*.—Noche del 15 al 16 de abril; resoluciones concertadas por Lamartine y sus colegas; últimos preparativos de los manifestantes; Ledru-Rollin se adhiere al partido del orden y se presenta en casa de Lamartine.—Reunión del Campo de Marte; aspecto de las muchedumbres.—Lamartine y Ledru-Rollin dan orden de tocar llamada.—El general Changarnier en el Hotel de Ville; sus disposiciones militares.—Momento de ansiosa expectación.—Llegada de la guardia nacional que envuelve y corta la manifestación.—Cólera de Luis Blanc y de sus amigos; irritación contra los comunistas.—Después de la manifestación del 16 de abril, singular actitud de Lamartine y de sus colegas; garantías dadas á la demagogia.—Fiesta de la Fraternidad (20 de abril).—En vísperas de las elecciones.

I

Mientras los últimos gritos de los revoltosos se perdían bajo las bóvedas del palacio Borbón, Lamartine, armado de su investidura y juzgándola sin duda suficiente, se dirigía hacia el Hotel de Ville. En eso obedecía tanto á sus propias inspiraciones como á los consejos de sus amigos. No tomar inmediatamente posesión de aquel cargo, era exponerse á que se le adelantara alguna facción rival. Es tradición constante en nuestras insurrecciones parisienses que todos los poderes oriundos de un tumulto popular deben organizarse en la Casa de la Ciudad, ó, al menos, hacerse consagrar en ella sin pérdida de tiempo. Historiador de nuestra revolución, Lamartine ignoraba menos que nadie esta costumbre. Dupont de l'Eure le acompañó. Ledru-Rollin y Crémieux no tardaron en reunirse con ellos. Se hallaban rodeados de guardias nacionales, estudiantes y cabecillas. El grupo, aumentado por hombres del pueblo, mujeres y niños, formó una masa de cinco ó seis mil personas, la mayor parte de ellas sin armas é incapaces de resistencia. En la margen derecha del río se veían numerosas tropas de infantería y caballería distribuidas por la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos; fuerza imponente todavía y que hubiese parecido singularmente temible si la retirada del rey, el fracaso de la regencia, la incertidumbre de los acontecimientos, la ausencia de orden preciso y la fatiga enervante de tres días de lucha no hubiesen sido otras tantas garantías contra toda reacción ofensiva.

El cortejo se puso en marcha siguiendo el camino de los muelles. Lamartine iba á pie, solo, á la cabeza del grupo, estudiando su actitud para el papel que le preparaba el destino; sus colegas le seguían. Dupont de l'Eure, cuya avanzada edad no le permitía imponerse fatigas, subió á un cabriolé de alquiler. A medida que avanzaban hacia el interior de la ciudad, aumentaba la masa de curiosos. Obreros y muchachos, destacándose de la columna, propalaban entre los grupos la noticia del nuevo gobierno. Estallaron algunas aclamaciones. La comitiva pasó el Sena por el Puente Nuevo y continuó por el muelle de la Tenería. Allí, el gentío, hasta entonces indiferente ó favorable, dió algunos gritos hostiles; cada vez más agitado, batía con sus oleadas presurosas los flancos del débil cortejo. En todas partes se veían trazas de la guerra civil; acá y acullá, en el suelo, trozos de armas rotas ó largos regueros de sangre; camillas transportando á los hospitales las víctimas de la

jornada; barricadas erigidas de trecho en trecho. Dupont de l'Eure se apeó. Los miembros del gobierno pasaron con dificultad por encima de los adoquines amontonados. En presencia de aquella muchedumbre llena de los ardores de la lucha, empezaron á dudar de su tentativa; y su desaliento aumentó cuando, una vez al extremo del muelle, desembocaron en la plaza del Hotel de Ville.

Ciudadela establecida en el corazón mismo de la ciudad, el Hotel de Ville, cercado de insurrectos desde por la mañana, había caído al mediodía en poder de la revolución. Desde aquel momento, los revoltosos no habían cesado de acudir, ya en busca de noticias, ya con el objeto de preparar nuevos combates. Cerca de la una, llegó allí Garnier-Pagés, enviado por Odilón Barrot. En presencia de aquella insurrección triunfante, olvidóse de que era delegado de un ministro del rey y se dejó aclamar como alcalde de París, arengó al pueblo, y á sus palabras contestó el grito de «viva la República!» La muchedumbre no sólo llenaba la plaza rebosando por las calles adyacentes, sino que ocupaba los pórticos é invadía los salones del edificio. A intervalos, sonaban tiros en lontananza, y las campanas de la catedral tocaban todavía á rebato. La gente llevaba las manos negras de pólvora, rotos los trajes, y los rostros encendidos por la lucha. Oíanse confusos clamores, en medio de los cuales se distinguían gritos de venganza. En uno de los salones del Hotel de Ville, un señor Fanjat se había atrevido á pedir la condenación á muerte de Luis Felipe, y esta moción, aunque rechazada por la indignación general, revelaba bastante la exaltación de ciertos espíritus (1). Tal era el espectáculo que se ofreció á los miembros del gobierno cuando, rodeados de su pequeña escolta, intentaron penetrar en la plaza.

Fuesen cuales fuesen sus temores, era demasiado tarde para retroceder. Se esforzaron, pues, en hendir la compacta muchedumbre y llegar al palacio. «¡Paso al gobierno provisional!» gritaron algunos hombres de buena voluntad. Raras veces era escuchado este grito. Los revoltosos temían que aquel nuevo gobierno, formado en la Cámara, les quitase, como en 1830, el fruto de su victoria. Sin embargo, el nombre de Dupont de l'Eure, veterano de la democracia, imponía respeto, y el de Lamartine despertaba la curiosidad. Algunos

(1) Garnier-Pagés, *Historia de la revolución de 1848*, tomo II, página 173.

grupos se esforzaron en abrirles paso y ellos avanzaron con dificultad en medio de los murmullos de unos y las aclamaciones de otros. Ya llegaban á la puerta principal del palacio, cuando una nueva oleada les rechazó hacia el muelle. Sólo después de largos esfuerzos consiguieron penetrar en el edificio por una puerta lateral próxima al río. Pero el mismo Hotel de Ville estaba atestado de gente. Los miembros del gobierno anduvieron largo tiempo errantes de salón en salón, de pasillo en pasillo. Al fin, un empleado del palacio, M. Flottard, logró conducirlos á un apartado gabinete que la invasión popular había respetado. Allí se reunieron los señores Dupont de l'Eure, Lamartine, Ledru Rollin y Crémieux. Garnier-Pagés se reunió luego con ellos. Marie, que al salir del palacio Borbón había pasado por el ministerio del Interior, no tardó en juntarse con sus colegas. Arago, á quien sus amigos habían buscado en el Observatorio, llegó á su vez. En aquella pieza exigua y oscura los miembros del gobierno, alternativamente aclamados ó amenazados, no sabiendo si eran prisioneros ó elegidos del pueblo, esquivando la insurrección misma que les encumbró, se dispusieron á tomar las primeras medidas que iban á afirmar su autoridad.

Desde luego se distribuyeron las carteras. Dupont de l'Eure debió á su avanzada edad la *presidencia del Consejo*; Lamartine, que por su nombre y por el brillo de su genio había de ser grato á Europa, tuvo los *Negocios extranjeros*; Ledru-Rollin tomó el *Interior*; Crémieux, la *Justicia*; Arago, la *Marina*; Marie, las *Obras públicas*. La *Hacienda* fué confiada á un banquero del partido democrático, Goudchaux; la *Agricultura*, á un abogado íntegro y justamente respetado, Bethmont; Carnot, nombre ilustre desde la primera revolución, recibió la cartera de *Instrucción pública*. La designación de un ministro de la Guerra fué la única que tropezó con algunas dificultades; la mayor parte de los oficiales generales eran adictos por gratitud á la dinastía de Orleans; además, abrigando dudas respecto á las intenciones del nuevo gobierno, era de temer que tardasen en adherirse á él. De pronto se pensó en Lamoricière, y después en el general Bedeau. Uno y otro rehusaron la cartera. Entonces fué ésta ofrecida á un anciano, uno de los raros supervivientes de los ejércitos republicanos, valeroso soldado, sin duda, pero desconocido del ejército nuevo, el general Subervie. Garnier-Pagés fué confirmado en sus funciones de alcalde de París. El mando de la guardia nacional fué confiado á un antiguo oficial, diputado de la izquierda, Courtais. En cuanto á la prefectura de policía y á la dirección de correos, no hubo que tomarse el trabajo de proveerlos: Caussidière, acompañado de Sobrier, se había apoderado de la primera, y Esteban Arago se había instalado en la otra; no queriendo reconocerlos y no pudiendo expulsarlos, el gobierno se calló. Decretos sucesivos pronunciaron la disolución de la Cámara de diputados y prohibieron á la Cámara de los pares que se reuniese. Por último, un manifiesto, varias veces modificado, anunció la República á Francia: «El Gobierno provisional, decía este manifiesto, quiere la República, salva ratificación por el pueblo, que será inmediatamente consultado.»

Mientras los nuevos dictadores deliberaban de este

modo, anocheció, pero sin que la noche apaciguase los espíritus. Varias veces, Lamartine y sus colegas tuvieron que interrumpir su trabajo, ya para atrancar la puerta del asilo en que se habían refugiado, ya para ir al encuentro de la muchedumbre y calmarla con palabras de prudencia. Cansado de estarse de plantón en la plaza ó vagar por los pasillos del Hotel de Ville, el gentío, al anochecer, se había concentrado en uno de los grandes salones del edificio, en el salón de San Juan. En este local, transformado en club, los oradores populares se sucedieron, sembrando desconfianzas y procurando despertar las iras cuando parecían calmarse: «¿Qué gobierno es ese, decían, surgido de la *Cámara de los corrompidos*? ¿Qué quiere? ¿Cuál es su programa? ¿Qué reformas va á realizar? ¿No piensa preparar alguna restauración monárquica? ¿Habrá vertido el pueblo inútilmente su sangre, como en 1830?» Semejante lenguaje respondía al estado de los ánimos, y ya era de temer que la sedición, contenida desde hacia algunas horas, estallase con irresistible violencia. Lamartine no vaciló. Fuése al propio foco del tumulto. Apareció en el salón de San Juan; sus amigos le alzaron en un estrado desde el cual dominaba á la muchedumbre. «¿Con qué derecho os erigís en gobierno?, le gritaron de todas partes.—¿Con qué derecho?, contestó Lamartine; con el derecho de la sangre que corre, del incendio que devora vuestros edificios, de la nación sin jefe, del pueblo sin guías, sin orden y mañana tal vez sin pan: con el derecho de los más generosos y de los más valientes. ¡Ciudadanos, ya que es preciso decíroslo, con el derecho de los que son los primeros en entregar su alma á la sospecha y su cabeza á la venganza de los pueblos ó de los reyes para salvar á la nación!. Nuestro título está en nuestras conciencias y en vuestros peligros (1).» A estas palabras se calmaron los murmullos, y por uno de esos milagros de la elocuencia que Lamartine había de renovar varias veces en aquellos turbulentos días, se convirtieron en aplausos: ¡victoria brillante y sin embargo muy pasajera, pues apenas aseguraba la tranquilidad de la noche!

Como si no fuesen bastantes las pruebas de tan extraña jornada, surgió aquella misma noche, en el seno mismo del gobierno, una cuestión de competencia que amenazó romper su unidad.

A eso de las dos de la tarde, casi á la misma hora en que se verificaba en el Palacio Borbón la elección que hemos referido, algunos jefes del partido radical se habían reunido en la redacción de *La Reforma*. Entre ellos figuraban Cahaigne, Caussidière, Flocón, Baune, Thoré y Sobrier: les inspiraba Luis Blanc; en torno de ellos se hallaban agrupados los empleados del periódico. Ya porque no se fiasen de las intrigas del palacio Borbón, ya porque quisieran oponerse á las pretensiones exclusivas del *Nacional*, resolvieron nombrar un gobierno provisional. Había, al menos, treinta personas reunidas; al parecer, eran más que suficientes para semejante tarea, y con el desenfado de los tiempos revolucionarios, no vacilaron en transformarse en poder constituyente. Se habían propuesto listas. Dupont de l'Eure, Arago, Ledru-Rollin, Lamartine, Marie y Gar-

(1) Lamartine, *Historia de la revolución de Febrero*, tomo I, pág. 281.

nier-Pagès, aclamados casi al mismo tiempo que en la Cámara, fueron aceptados por el conciliábulo. Armando Marrast, redactor en jefe del *Nacional*; Flocón, redactor en jefe de *La Reforma*; Luis Blanc, simpático á los turbulentos por sus tendencias socialistas, fueron elegidos á su vez y representaban el elemento nuevo. Iba á cerrarse la lista, cuando á uno de los presentes se le ocurrió introducir en ella un obrero, á fin de que fuese más popular. Esta proposición original fué aceptada por unanimidad. Un obrero llamado Martín, alias Albert, fué aclamado con el nombre de *Albert, obrero*, miembro del gobierno. El nuevo poder afirmó en seguida su autoridad delegando á Caussidière y á Sobrier para la prefectura de policía, y á Esteban Arago para la dirección de correos; ya hemos dicho como se apresuraron estos dos funcionarios á tomar posesión de sus empleos. Luego Luis Blanc, seguido de Marrast y de Flocón, se fué al Hotel de Ville. Llegó allí á la caída de la tarde, arengó al pueblo, lo sedujo con su elocuencia arrebatadora y con los alardes de su celo democrático, y recibió de él la confirmación de sus pretendidos poderes. Armado de esta investidura, se presentó, cerca de las ocho y media de la noche, en el salón del consejo, donde reclamó para sí y para sus colegas Marrast, Flocón y Albert el derecho de tomar parte en las deliberaciones.

A la llegada imprevista de aquellos colaboradores suplementarios, los elegidos del palacio Borbón no pudieron ocultar ni su sorpresa ni su descontento. Por nueva que fuese su autoridad, les dolía partirla; elevar de siete á once el número de miembros del gobierno, era, por otra parte, debilitar su unidad. Más irascible que sus colegas, Arago se mostró particularmente irritado. Había alentado á Luis Blanc al principio de su vida pública, dándole pruebas de paternal benevolencia; así es que las intimaciones imperiosas de aquel joven temerario le parecían una irreverencia para sus canas. La discusión se acaloró. Luis Blanc, vestido de guardia nacional, encaramado en una silla que convirtió en tribuna, gesticulando con gran violencia, con las trazas de las emociones de la lucha en el rostro, reivindicaba con extraordinaria energía lo que él llamaba su derecho: «Vosotros habéis sido aclamados por el pueblo en el palacio Borbón, decía á sus supuestos colegas; nosotros hemos sido aclamados por el pueblo en la redacción de *La Reforma*: unos y otros hemos venido al Hotel de Ville en busca de la investidura de nuestra autoridad. Nuestros derechos, por consiguiente, son iguales.»

Aquel gobierno, tan débil ya, amenazaba dividirse en dos. Garnier-Pagès se interpuso: «Estos señores, dijo en un tono de familiaridad amistosa señalando á Luis Blanc y á sus colegas, serán los secretarios del gobierno.» Luis Blanc desechó de pronto la transacción; pero Marrast y Flocón, menos codiciosos, la aceptaron, y, vencido por el ejemplo, aquel no tuvo más remedio que ceder (1). Esta calificación desapareció pocos días después; y, á decir verdad, no había motivo alguno para mantenerla; la elección hecha por los amotinados de *La Reforma* no era más irregular que la elección efec-

(1) Garnier-Pagès, *Historia de la revolución de 1848*, tomo II, pág. 287; Luis Blanc, *Historia de la revolución de 1848*, tomo I, págs. 75 y 76.

tuada por los amotinados del palacio Borbón, y, á no considerar más que el título de origen, las dos legitimidades se valían. Lo cierto es que la tempestad se calmó en el seno del consejo, y al terminar la jornada, el acuerdo (acuerdo en verdad muy precario) parecía sellado entre todos los elegidos.

Así fué constituido el gobierno con sus siete miembros titulares y sus cuatro secretarios que, repudiando muy pronto toda inferioridad importuna, se confundieron con sus colegas. Antes de narrar los acontecimientos que van á seguir, conviene dar á conocer á los nuevos dictadores que la Revolución acababa de imponer á Francia.

Amigo de Lafayette y de Manuel, mezclando en su espíritu el liberalismo generoso de 1789 con el liberalismo estrecho del tiempo de la Restauración, Dupont de l'Eure era de los que acogieron la realeza de 1830 como la mejor de las Repúblicas, y que más tarde, al ver que aquella monarquía se desviaba de su origen, volvieron contra ella todos los resentimientos de sus esperanzas fallidas. Se elogiaba la austeridad de sus costumbres, la integridad de su carácter, la constancia de sus convicciones, y se elogiaba tanto más cuanto que la medianía de su espíritu no ofuscaba á nadie, y en el partido democrático todos rendían, sin envidia ni celos, homenaje á su virtud. La verdad es que era uno de esos hombres honrados, pero débiles, que en tiempos de revolución dejan hacer el mal por complacencia, y que consienten luego, á causa de esta misma complacencia, en cubrir con la autoridad de su nombre el mal realizado. Dupont de l'Eure se sentía más halagado por el favor público que por el ejercicio del poder; para él, como para Lafayette, su patrón y amigo, la afición á la popularidad era la pasión dominante de su vida. Arago debía á la ciencia su nombradía, pero no había resistido á las tentaciones de la política. Le sedujo la República, ya porque tuviese quejas contra la Monarquía, ya porque, hombre de imaginación tanto como hombre de ciencia acariciara, en sus horas de ocio, el ideal de un Estado nuevo. De carácter impetuoso y dominante, era, sin embargo, menos impropio que nadie para doblegarse á las exigencias democráticas. Su innata afición al orden, su desdén por las frases hechas y su repugnancia por las concesiones habían de hacerle odiar pronto el gobierno de que formaba parte. Nadie denunció más tarde con una sinceridad más implacable las faltas, las debilidades y las divisiones del mismo gobierno. En torno de Dupont de l'Eure y de Arago se agrupaban, en una comunidad casi completa de miras y sentimientos, varios de sus colegas. Uno de ellos era Marie, abogado justamente respetado por la rectitud de su carácter y la elevación de su pensamiento; espíritu, sin embargo, poco flexible y más propio para los debates judiciales que para las luchas de la política. Al lado de éste figuraban Marrast, periodista de pluma incisiva y fácil, de porte elegante, amigo del placer, haciendo alarde de escepticismo, satirizando el tono dogmático de los doctrinarios de la revolución, acarreado á menudo con sus sarcasmos enemistades crueles; espíritu resuelto bajo apariencias ligeras y destinado á prestar á la causa del orden servicios que no siempre fueron apreciados.

Dupont de l'Eure, Arago, Marie, Crémieux, Garnier-

Pagès y Marrast, habían de tender á la fundación de una especie de *República burguesa*. La regencia, con el retorno al programa de 1830 y la promesa de abundantes favores para ellos, les hubiese conquistado seguramente. Sobreviniendo inesperadamente la República, la aceptaban con una alegría mezclada con alguna aprensión, deseosos de moderar su marcha, celosos de mantenerla ó traerla al nivel de sus ambiciones, en manera alguna insensibles sobre todo á la perspectiva de crearse, en la organización nueva, una situación influyente, cómoda y duradera.

Ledru-Rollín personificaba en el nuevo poder, no la *República burguesa*, sino la *República jacobina*. Jefe de los radicales más exclusivos, Ledru-Rollín había sido casi el único hombre político que, bajo la monarquía de Julio, había afirmado su fe republicana. Afectaba glorificar los recuerdos de la *Convención*, como si hubiese querido marcar de antemano que la segunda República sería la imitadora de su antecesora. Conforme se ha dicho, burlóse al principio de los banquetes para adherirse á ellos después, y se distinguió por la audacia tribunicia de su lenguaje, recordando con su estilo algo hueco y declamatorio, pero de un gran efecto en las masas ignorantes, las tradiciones y las leyendas de 1793. A decir verdad, de los hombres de la Revolución había tomado la fisonomía más bien que el espíritu. Su naturaleza le preservaba de los excesos y le hacía incapaz de las salvajes virtudes de aquella memorable época. Tanto por debilidad como por humildad, le hubiera repugnado cualquier crimen. Por otra parte, su molición, su ligereza y su facilidad de costumbres contrastaban con el sombrío fanatismo y la impasible resolución de los terribles *Convencionales*. Sus colegas acababan de confiarle el ministerio del Interior; nadie más impropio que él para este cargo; la seguridad de juicio, la persistencia de ideas, la aptitud para descubrir y emplear á los hombres, eran cualidades que le faltaban. En el desempeño de tan importante cargo le veremos sucesivamente violento en sus palabras y débil en sus actos, indeciso y provocador, fluctuando perpetuamente á merced de las influencias diversas que le atraerán en sentido contrario. A pesar de su insuficiencia, Ledru-Rollín era, en el Consejo, el representante más autorizado de la tradición revolucionaria. Había de arrastrar en pos de sí á Flocón, redactor de *La Reforma*, personaje hasta entonces desconocido, y cuya elevación al poder era una de las extrañezas de aquellas extrañas jornadas.

A diferencia de Ledru-Rollín, Luis Blanc quería, no reproducir la primera Revolución, sino hacer una nueva. La proclamación de la República era, á sus ojos, el símbolo y garantía de las reformas *sociales*. Nadie más afirmativo, más terminante ni más temerario que él. Su aire juvenil y su corta estatura contrastaban con la autoridad de su lenguaje y la fuerza de sus ambiciones. Siendo aún muy joven conquistó gran fama. Su *Historia de los diez años*, lo había revelado al público. Pero, abandonando de pronto la historia y la literatura, consagróse al estudio de las cuestiones económicas, ya porque realmente le hubiese impresionado la miseria de las masas, ya porque la manifestación de semejante solicitud le pareciese el mejor medio de encumbrarse. Al estallar la insurrección de febrero, Luis Blanc, como

todo el mundo, creyó en su derrota; desde el momento que aquella triunfó, se propuso él explotarla. Una fuerza de voluntad extraordinaria en un cuerpo tan ruin; doctrinas nuevas revestidas de formas especiosas; una elocuencia armoniosa y sonora, llena de imágenes; promesas derramadas á manos llenas; una fe inquebrantable en sus propias luces, una ambición sin límites, todo esto era á propósito para asegurarle en el seno del Consejo y en la plaza pública un ascendiente poco en relación con su juventud y lo reciente de sus servicios. Con mucha habilidad convirtió en auxiliar suyo al obrero Albert, que había incluido en la lista de *La Reforma*. Albert, estrechamente unido á su causa, había de servirle de garantía ante el pueblo. Al presentarse él á los obreros, Albert había de precederle, absolutamente como precede á un parlamentario una bandera que anuncia sus intenciones.

En medio de estos tres grupos tan diferentes, Lamartine servía de lazo de unión. Ya hemos dado á conocer á este ilustre personaje. Muy superior á todos sus colegas por su cuna, su genio y la fama de su nombre, podía jactarse de dominarlos conteniéndolos. Para esta tarea no escatimará ninguna seducción, haciendo esfuerzos infinitos para fundir en un mismo programa la República *burguesa* de Marie, la República *jacobina* de Ledru-Rollín y la República *social* de Luis Blanc, multiplicando los llamamientos á la conciliación, ejerciendo hasta sobre los más rebeldes el ascendiente de su prestigio, prodigando á todos los partidos las sonrisas, sin preguntarse si todos los partidos no se volverán un día contra él, obteniendo así, á fuerza de persuasión y de amabilidad, algunas horas de precaria unión. A los ojos de Francia y de Europa, Lamartine fué, desde el primer día, la personificación del nuevo poder, bastante glorioso para comunicar á sus colegas un poco de su grandeza, y bastante generoso para hacerse perdonar esta superioridad.

Tales aparecen, en el momento mismo de su elevación, los gobernantes del 24 de febrero. Hay que verlos ahora en la obra. Hay que ver cómo justifican el favor de la fortuna que les ha transformado de pronto en jefes de Estado, con gran sorpresa del público y con asombro de sí mismos.

II

Todos los poderes nacidos del motín se parecen en un punto. La insurrección, que juzgan heroica mientras les conduce á la administración pública, les parece criminal desde el momento que sobrevive á su elevación. Los miembros del gobierno provisional no escaparon á la ilusión común. Hijos del desorden, multiplicaron en seguida los llamamientos al orden. Pero Dios permite raramente que la ola se apacigüe á la voz del que la ha levantado. Al ver el aspecto de París, en la madrugada del 25 de febrero, era de temer que los nuevos dictadores fuesen arrollados por la tempestad de que habían surgido.

No había peligro de que volviese á levantarse el poder caído. El rey fugitivo no se había detenido más que breves instantes en Saint-Cloud y en Trianon, y había llegado á Dreux el 24 por la noche. Esperaba que su nieto podría recoger la corona, y que él, alejado, mas